

Capítulo 1

Ceony llevaba cinco años deseando ser fusionadora.

Sin embargo, mientras que la mayoría de estudiantes de la Escuela Tagis Praff para Talentos Mágicos había elegido a qué material iba a dedicar su arte, a Ceony se lo habían impuesto.

—No hay suficientes plegadores —le había explicado la maga Aviosky en su despacho.

Hacía menos de una semana que se lo habían dicho y aún sentía las lágrimas picándole en los ojos.

—El papel es un medio fantástico —había proseguido la maga Aviosky— pero su reputación se ha deteriorado en los últimos años. Como solo hay doce magos en activo en esta disciplina, no nos queda otro remedio que asignársela a una parte de nuestros aprendices. Lo lamento.

Ceony también lo lamentaba. Esas palabras le habían roto el corazón y, ahora, en la entrada que conducía a la guarida del mago Emery Thane, deseaba que le hubiera dejado de latir.

Su mano aferraba el asa de madera de la maleta y sus ojos examinaban aquella monstruosidad, que era incluso peor de lo que se había imaginado. Por si no fuera bastante malo que el mago Thane, el único ple-

gador a aquel lado del Támesis, viviera en la periferia salvaje de Londres, su morada parecía sacada de un cuento de terror. Las paredes negras se alzaban en seis plantas. La pintura desgastada se desconchaba bajo el efecto de un viento repentino que se levantó en el momento en que Ceony puso un pie en el camino sin pavimentar que surgía de la carretera principal. Tres torres irregulares emergían de la casa como si se tratase de la corona del diablo; una de ellas tenía un amplio agujero en el lado este. Había una chimenea rota, en la que se oía el graznido de un cuervo, o quizás de una urraca. Todas las ventanas de la casa —Ceony solo contó siete— quedaban ocultas detrás de postigos negros, bloqueados por completo con cadenas, sin que se pudiera apreciar el más mínimo brillo en su interior. Hojas muertas de una docena de inviernos obstruían las cornisas del tejado que, a su vez, estaban incrustadas bajo tejas dobladas y retorcidas, también negras; y algo que desprendía un olor a vinagre y sudor goteaba en las proximidades.

En la tierra que rodeaba el edificio no había flores, ni césped, ni siquiera una colección de piedras. El pequeño patio tan solo contenía rocas y parcelas de tierra sin cultivar, demasiado secas y agrietadas como para que la hierba echara raíces. Las baldosas que formaban el camino que llevaba a la puerta principal, que se sostenía únicamente con la bisagra superior, estaban rotas en pequeños trozos y Ceony dudaba que alguna de las corroídas tablas grises del porche pudiera soportar su peso el tiempo suficiente como para llamar al timbre.

—Me han enviado al infierno —murmuró Ceony.

La maga Aviosky, su escolta, frunció el ceño a su lado.

—No se fíe nunca de lo que ven sus ojos en el hogar de un mago, señorita Twill. Ya lo sabe. —Ceony tragó con la garganta seca y asintió.

Lo sabía bien, pero no le importaba, ya no. La sombría y solariega casa se le antojaba un reflejo de ella misma y de todo lo que le había ido mal en los últimos días. Tal vez se había maldecido a sí misma la noche anterior al amontonar todos los papeles que había encontrado en el hotel y quemarlos uno a uno en la chimenea mientras la maga Aviosky consultaba un mapa en el recibidor. O, quizás, el mago Thane era la prueba de que Ceony necesitaba potenciar su imaginación.

Reprimió un suspiro. Tenía diecinueve años y había llegado tan lejos... y lo que había logrado hasta ahora, contra todo pronóstico, se le escurría entre los dedos, dejándola fría y vacía. Todas sus aspiraciones estaban a punto de quedar reducidas a simple papel. Ceony se pasaría el resto de sus días escribiendo en cuadernos de notas y leyendo libros obsoletos. Su única alegría en la vida consistiría en escribir cartas que se abrirían solas al llegar a su destino. De todos los materiales que podían haber elegido para ella —cristal, metal, plástico, incluso goma— habían optado por el *papel*. Era evidente que la maga Aviosky no se daba cuenta de que la razón por la que el Plegado se había convertido en un arte moribundo era porque las habilidades que otorgaba eran completamente inútiles.

Después de rechazar la idea de que la llevaran a rastro como a una niña pequeña, Ceony enderezó la espalda y caminó hacia la entrada. La verja no era más

que una serie de lanzas clavadas en el suelo con la pica hacia arriba, atadas con alambre de espino. La fuerza del viento aumentaba a cada paso y amenazaba con llevarse el sombrero de Ceony mientras estiraba el brazo hacia la manilla del portón.

La escena a su alrededor cambió de forma tan abrupta que Ceony dio un respingo y casi suelta la maleta. Tenía la mano apoyada sobre una verja normal, en lugar de aquella que parecía hecha con los restos de una batalla. El sol asomó entre las nubes y el viento se calmó hasta convertirse en una ligera brisa irregular. La casa que tenía frente a ella se encogió hasta transformarse en una de tres plantas, construida en ladrillo de color amarillo. Los postigos, todos abiertos, eran blancos, y el porche parecía lo bastante robusto como para que una manada entera de caballos saltase sobre él.

Ceony alzó la mano, sus ojos todavía estaban asimilando la transformación. Casi había esperado que, al dejar de tocar la portezuela, volviera a ver la tétrica ilusión, pero la casa permaneció exactamente igual cuando soltó la manilla. El camino hacia la puerta estaba sin pavimentar, pero un despliegue de tulipanes rojos, violetas y amarillos lo limitaban ahora, en vez de las piedras dentadas que había visto al llegar.

Ceony abrió la puerta pestañeando y avanzó unos pasos. No eran tulipanes. Al menos, no se trataba de tulipanes reales. Todas las flores del patio parecían confeccionadas con papel, cada pétalo minuciosamente doblado. Los capullos parecían tan reales que cuando una nube tapó durante unos minutos el sol de la tarde, todos cerraron ligeramente sus pétalos. Como flores que se esforzaban demasiado por ser flores.

Con un vistazo rápido, Ceony descubrió las tiras de papel que colgaban de la verja, y más allá, unos folios de papel más altos que una persona y más anchos que el automóvil que la había llevado hasta allí. *Una ilusión*. Ceony recordó la clase sobre espionaje que había recibido en la escuela el invierno anterior, donde el profesor había mencionado la utilización de muñecos de papel para ocultar la verdadera apariencia, pero a ella nunca se le habría ocurrido que la táctica sirviera para ocultar toda una casa.

La maga Aviosky la siguió y empezó a deshacerse de los guantes de seda de forma despreocupada, dedo a dedo. La transformación no la había alterado ni un poquito.

Ceony había tenido la certeza de que el mago Thane se presentaría en la entrada en ese mismo instante, pero la puerta, que ahora era de madera sólida y estaba pintada de un marrón tan clarito que parecía naranja, seguía cerrada y todo estaba en silencio.

«Puede que no sea malvado», pensó Ceony frunciendo el entrecejo, «quizás solo está chiflado».

Ceony dejó atrás las flores de papel y subió unos peldaños hasta la puerta principal, la maga Aviosky la seguía apenas un paso por detrás; llamó a la puerta firmemente con los nudillos, intentando mantenerse todo lo erguida que le permitía su metro sesenta de altura. Se tocó el pelo de manera distraída, que era del color de las batatas sin cocinar, y se colocó la trenza en el hombro izquierdo. Aquella mañana había decidido no hacérsela bien a propósito, del mismo modo que no llevaba su mejor vestido ni su uniforme de estudiante. No había ningún motivo por el que sentirse

entusiasmada: ¿para qué arreglarse? Era evidente que el mago Thane no había hecho concesiones especiales por ella.

El pomo se giró sin que hubiera escuchado pasos al otro lado y, cuando la puerta se abrió, Ceony gritó y dio un paso atrás.

Un esqueleto salió a recibirlas.

Dio la impresión de que hasta la maga Aviosky se había sorprendido, aunque solo lo demostró arrugando los labios y ajustándose las gafas de montura redonda sostenidas por una nariz bastante prominente.

—Vaya —profirió ella.

La cabeza sin ojos del esqueleto miraba arriba y abajo de manera mecánica y Ceony, con una mano sobre el corazón, advirtió que su metro ochenta de altura estaba hecho de papel: la cabeza, la espina dorsal, las piernas... Cientos, quizás miles de trozos de papel de color blanco estaban enrollados, plegados y comprimidos unos contra otros para conectarse formando una variedad de articulaciones.

—Está loco —declaró Ceony, esta vez en voz alta.

La maga Aviosky resopló de manera sonora en un intento sutil de reñirla.

El esqueleto se apartó a un lado.

—¿Alguna otra sorpresa? —preguntó Ceony a nadie en particular mientras se adentraba en la casa, manteniéndose tan lejos del esqueleto como le permitía el estrecho marco de la puerta.

La casa tenía un largo recibidor que olía a madera vieja y se abría en tres direcciones, dos a la derecha y una a la izquierda. La primera a la derecha daba a una pequeña habitación que, a pesar de estar llena

de trastos, se encontraba hábilmente ordenada: todo, desde los candelabros hasta los libros, estaba colocado en los estantes de una forma exquisitamente sistematizada, junto con ocarinas de arcilla, juegos de mármol y más libros apiñados en líneas rectas a lo largo de la repisa de la chimenea. Ceony se fijó en cada detalle de la habitación, era curiosa por naturaleza, y también en el desgastado cojín del sofá, lo que indicaba que el mago Thane prefería sentarse en el lado izquierdo. Una pequeña campana de viento colgaba en un rincón. Era un lugar extraño para una campana como esa, ya que el viento no se podría colar en aquella habitación a no ser que abriera la ventana e, incluso así, soplaría con muy poca intensidad. Llegó a la conclusión de que al mago Thane le gustaba su aspecto estético, pero no su sonido.

Chiflado, sin duda.

Una pila perfecta de cartas sin leer se encontraba sobre una mesita auxiliar en un rincón junto a lo que parecía una caja de música y una especie de rompecabezas de alambre, que estaba perfectamente alineado con las cartas y la caja. Ceony nunca había conocido un coleccionista de trastos tan... ordenado. Le inquietaba.

La puerta cerrada a la izquierda del recibidor ocultaba otra habitación, pero en lugar de seguir caminando hacia el interior de la casa para descubrir lo que escondía la segunda puerta de la derecha, Ceony gritó:

—¡Mago Thane! ¡Sus invitadas están aquí y agradecerían a una persona real para recibir las!

—¡Señorita Twill! —la regañó la maga Aviosky en susurros mientras el esqueleto de papel cerraba la puerta delantera—. ¡Esos modales!

—Bueno, su ausencia también denota malos modales, ¿no? —preguntó Ceony, que detestó lo infantiles que sonaron esas palabras en su boca. Carraspeó y respiró hondo—. Lo siento. Estoy un poco nerviosa.

—No necesita jurármelo —respondió en tono de broma la maga Aviosky al tiempo que una persona de verdad aparecía en la segunda puerta de la derecha con una especie de libro de notas en las manos.

El mago Thane era mucho más joven de lo que Ceony imaginaba; rondaba los treinta años, y tampoco se había tomado la molestia de arreglarse. No llevaba su uniforme de etiqueta de mago, ni nada particularmente elegante, tan solo unos sencillos pantalones con una camisa de cuello alto sin adornos, sobre la cual vestía un liviano abrigo azul oscuro que era demasiado grande y que le llegaba hasta los tobillos, con unas mangas sueltas que casi le ocultaban las palmas. Tenía un aspecto bastante corriente: su piel no era ni clara ni oscura; no era alto ni bajo; y su constitución no era ni delgada ni ancha. El cabello oscuro le llegaba justo por debajo de las orejas, lo que ofrecía un aspecto arreglado pero despeinado. Tenía unas patillas negras hasta la mandíbula y su nariz tenía un pequeño bulto, justo en el punto superior del puente. Lo único extraordinario en él era el brillo de sus ojos: verdes como las hojas en verano y brillantes como si alguien hubiera puesto una vela en su interior.

El mago Thane miró a Ceony sin mostrar una sonrisa, o cualquier otro gesto, pero en esos ojos chispeantes ella advertía que el hombre se estaba divirtiendo. Que fuera a costa de ella o de él mismo era difícil de decir. Ceony apretó los dientes.

—Mago Thane —comenzó la maga Aviosky con un ligero saludo con la cabeza, y Ceony se preguntó cómo de bien se conocían—, le presento a Ceony Twill, la muchacha de la que le hablé en el telegrama.

—Sí, ya —respondió el mago Thane, que dejó el libro en la pila de cartas sin leer junto al sofá y alineó las esquinas del libro cuidadosamente. Se dio la vuelta para encontrarse con la mirada de Ceony—. Ceony Twill, la mayor de cuatro hermanos y primera de su promoción. ¿Cuántos estudiantes han conseguido librarse de esa prisión este año?

Ceony se ajustó el sombrero; lo hizo tan solo para proporcionarle a su mano libre algo que hacer.

—Veintidós.

—Aun así, es un logro —comentó de manera relajada—. Esperemos que aquí pueda hacer buen uso de esos hábitos de estudio que tiene.

Ceony asintió. Lo cierto era que poseía buenos hábitos de estudio, de lo que se enorgullecía, pero los deberes del colegio siempre le habían resultado fáciles. Gozaba de una memoria privilegiada y a menudo recordaba cosas que solo había leído una o dos veces. Era una bendición que la había ayudado a soportar numerosas lecciones complicadas y aburridas. Con suerte, también la ayudaría allí.

La maga Aviosky carraspeó, rompiendo el silencio antes de que se alargara demasiado.

—Tengo el nuevo uniforme de la señorita Twill en mi maletín. Dígame que ha preparado la unión.

—En efecto —contestó, restándole importancia a la pregunta con una ligera sacudida de la mano. Posó sus ojos en los de Ceony—. Imagino que le gustaría realizar una visita por la casa.

Ella sintió que encogía. ¡Con qué facilidad podría aquel hombre destruir su futuro con una sacudida de la mano! Una vez se uniera a un material, no habría vuelta atrás: la unión era para toda la vida. Intentó encontrar alguna vía de escape en caso de que le hiciera falta y descubrió al esqueleto de papel justo detrás de ella. Gritó otra vez. ¿Quién necesitaba fantasmas para embrujar una casa cuando podías crear sus propios demonios a base de papel?

—Jonto, detente —ordenó el mago Thane y el esqueleto se desplomó en el suelo en una pila de huesos de papel; su calavera cuidadosamente plegada descansaba en la cima.

Ceony se apartó. ¿Qué clase de hombre chiflado construía un mayordomo de papel? ¿No había otra persona allí para abrir la puerta?

—¿Vive usted solo? —preguntó Ceony.

—Tal y como me gusta —replicó el mago Thane, guiándolas a través del recibidor—. Ese es el estudio —señaló con un gesto hacia la puerta cerrada de la izquierda—, y el comedor está por ahí —añadió, deteniéndose ante la segunda entrada a la derecha del recibidor.

Ceony lo siguió con paso lento y echó un vistazo hacia el rincón, esperando que otra atrocidad hecha de papel le asaltara.

En lugar de eso se encontró con una pequeña antesala con espejos que colgaban uno frente al otro en ambas paredes, un banco y una sencilla cómoda sobre la que descansaba un florero vacío. Triángulos de papel de color verde azulado y amarillo estrechamente plegados cubrían las paredes donde la antesala daba paso a una pequeña pero bien provista cocina. Una encimera

de mármol rodeaba un fregadero, había armarios oscuros a ambos lados, pero dejaban espacio suficiente para trabajar. Una rejilla de metal encima del fregadero contenía un pequeño juego de ollas y cacerolas, cuyas bases oscuras demostraban que se utilizaban con asiduidad. En las esquinas de la rejilla había una vid de papel enrollada que tenía un aspecto muy similar a los huesos de Jonto, el esqueleto. ¿Tenía alguna utilidad? ¿O el mago de papel simplemente se aburría tan apartado de la vida real? ¿En qué medida el papel decorativo de aquella casa se usaba para los encantamientos? Y ¿en qué medida era ornamentación inútil?

¿Se pasaría el resto de sus días siendo decoradora?

Ceony se sacudió aquellos pensamientos de la cabeza y examinó el resto de la cocina. El mago Thane tenía un fogón más estrecho de lo que ella estaba acostumbrada a ver; además estaba anticuado, pero no parecía de mala calidad. De algún modo, a Ceony le reconfortaba la idea de saber que, entre lección y lección de Plegado, podría escaparse hasta allí para cocinar. Al fin y al cabo, si no hubiera conseguido la beca, su alternativa habría sido la de asistir a una escuela de cocina. El precio de la matrícula era la décima parte de lo que exigía la Escuela Tagis Praff y Ceony poseía un don para la cocina. Había confiado en que la admitirían.

Ceony dejó atrás la cocina para llegar al comedor. Cientos de pájaros de papel que parecían vivos pendían del techo por hilos. Colgaban silenciosamente, sin estorbar, suspendidos encima de una sencilla mesa cuadrada situada sobre una alfombra tejida de color marrón. Cerca había una cómoda alta de color negro, abarrotada de platos, libros, servilletas, frascos y jarras, y todo estaba

encajado de tal forma que, si se extrajera tan solo uno de los artículos, se provocaría una avalancha. En la superficie de la cómoda había unas extrañas bolas y conos de papel, hechos de bolas y conos más pequeños y, estos, hechos de bolas y conos aún más pequeños. A Ceony le hacían daño a la vista. La casa habría resultado acogedora si no hubiera estado tan llena de chismes.

Avanzó hasta una gruesa pila de pergaminos en el borde de la mesa y descansó la mano encima, pensando en las ilusiones de papel que se extendían por la valla de la casita de campo.

—La decoración del exterior de su casa es horrible —declaró con ligereza.

La maga Aviosky le lanzó a Ceony una mirada de advertencia al entrar en el comedor. El mago Thane simplemente contestó:

—Sí. Una delicia, ¿verdad?

El mago pasó a su lado y abrió una puerta. Unas escaleras empinadas conducían al piso de arriba.

—Sígueme, si son tan amables.

Ceony empezó a subir tras él con la maleta todavía en la mano. El noveno escalón crujió bajo su peso y las rodillas le dolían cuando alcanzó el segundo piso.

—Su dormitorio —señaló el mago Thane mientras habría la puerta de un empujón—, puede dejar el equipaje, si lo desea.

Ceony se adentró en el dormitorio, que contrastaba sobremanera con el resto de la casa, pues las estanterías se encontraban vacías. No había montañitas, ni pilas, ni trastos, pero a juzgar por las marcas de la moqueta, la habitación había contenido muebles que se habían trasladado o tirado recientemente. El mago Thane proba-

blemente acabara de prepararla para su llegada, a pesar de haber contado con toda una semana.

Pero lo más raro era que no había adornos de papel en las paredes o en el techo, se habían dejado completamente desnudos. Una sencilla cama individual se apoyaba contra la única ventana junto a la que había tres estantes en la pared y un escritorio sencillo con un cajón a unos pasos del pie de la cama. También había un armario pequeño, pero lo bastante grande para las pocas prendas de Ceony y una mesilla con un candelero nuevo y un portavelas.

Era algo más espacioso que su dormitorio en Tagis Praff, aunque tenía menos estantes. Aun así, aquel dormitorio se le había hecho más acogedor y hospitalario que este, aunque tal vez se debiera a que se había ganado aquella plaza. Había *deseado* estar allí.

—Gracias —dijo, y dejó la maleta en el suelo.

Se acordó brevemente de la pistola Tatham de percusión de 1845 que había guardado ahí, había sido un regalo de graduación de su padre, pues tenía *planeado* ser fusionadora, y decidió que desharía la maleta más tarde, lejos de miradas inoportunas. El mago Thane probablemente ya se lo esperaba y prosiguió con la visita.

—Ahí delante —continuó el mago Thane mientras Ceony cerraba la puerta del dormitorio—, está el cuarto de baño, mi habitación y la biblioteca —señaló, deteniéndose al final del pasillo, ante otras escaleras. A la maga Aviosky le dijo—: He preparado la unión ahí dentro —y señaló hacia la biblioteca.

Ceony ralentizó el paso. Así que la visita finalizaba con la unión.

La joven ojeó la puerta al final del pasillo, idéntica a la que conducía a las escaleras.

—¿Qué hay en el tercer piso? —preguntó Ceony.

Quizás habría algo que pudiera motivarla, algo que la esperase. Quizás encontraría una ventana por la que saltar. A juzgar por la altura del techo en la primera y la segunda planta, la tercera era la más alta con diferencia, algo extraño en una casa de campo como aquella.

—Los grandes encantamientos —respondió el mago Thane con expresión neutra, a pesar de que en sus ojos bailaba una sonrisa. ¿Era consciente de lo mucho que lo delataba la mirada?

Ceony tomó nota mental de no revelárselo. Necesitaría todas las ventajas a su alcance para poder sobrevivir allí.

El mago Thane descartó subir las escaleras del tercer piso y Ceony arrastró los pies detrás de la maga Aviosky hacia la biblioteca, que era ligeramente más grande que su dormitorio y únicamente contenía estanterías de libros contra las paredes, si bien estas se alzaban hasta el techo. Como Ceony había imaginado, los libros abarrotaban todos y cada uno de los espacios disponibles, lomo contra lomo, algunos formando dobles filas, por lo que era imposible ver todos los títulos. Daba la impresión de que hacía poco tiempo que se había limpiado el polvo de las estanterías... hacía muy poco, ya que cuando Ceony estaba pensándolo, estornudó y eso le hizo reparar en el camino de polvo iluminado por una enorme ventana situada en la pared más alejada. Sus ojos aterrizaron en un bucle de cadenas de papel que rodeaba la ventana y en la mesa de pino ubicada debajo, que contenía montañas de papel de distintos tamaños y

colores, organizados desde el más claro al más oscuro y, luego, del más rugoso al más liso. Un pequeño telégrafo se situaba en la esquina derecha trasera.

La única silla de la mesa estaba girada y encima de ella había un pequeño caballete con un lienzo de papel corriente que era grueso, de color blanco y de grano fino. Sin decoración, sin ceremonias, solo un folio de papel normal.

Al examinarlo, Ceony se dio cuenta de lo que era.

Su tumba.

Sabía lo que entrañaba la unión material: era una de las docenas de asignaturas que había estudiado en el último año en la escuela. No era algo glamuroso, únicamente se trataba de un juramento que ataba el espíritu de la persona al objeto, permitiéndole canalizar la magia a través de este y de ningún otro material. Una persona no podía, por ejemplo, realizar encantamientos con cristal y fuego. Solo con uno de los dos. Ceony no podía unirse al papel y aun así seguir deseando convertirse en fusionadora para encantar joyas y balas tal y como había soñado durante sus clases.

No era justo, pero seguir quejándose no serviría de nada. Todos lo sabían. La maga Aviosky lo sabía y el mago Thane probablemente también. Ceony se había ganado el derecho de elegir su material, pero como los que habían pasado antes que ella habían descuidado el Plegado, la más débil de las artes mágicas, a ella la habían obligado a aceptarla.

El mago Thane le entregó una hoja blanca de papel de veinte por veintiocho, un poco más pequeña que la estándar. Ceony la apretó entre los dedos y le dio la vuelta, pero no llevaba instrucciones. No había ningún

tipo de escritura que adornara la superficie, ni ningún pliegue, mágico o no.

—¿Para qué es? —preguntó.

—Pálpalo —indicó el mago Thane, que se agarraba las manos en la espalda.

Ceony siguió con el papel en la mano a la espera de que le diesen alguna instrucción, pero el mago Thane se limitó a mantener su postura. Tras varios segundos, Ceony apretujó el papel entre las palmas y lo frotó en las manos con esmero, adelante y atrás, «palpando» el papel.

Los ojos del mago sonrieron y asió el papel ligeramente arrugado sin más comentarios.

—¿Se sabe las palabras? —preguntó con más suavidad.

Quizás los ojos de ella eran tan fáciles de leer como los de él.

Ceony asintió, entumecida. La charla que había mantenido con la maga Aviosky en el coche le volvió a la mente.

—*Es esto o nada. Ha de ser así porque tiene que haber un equilibrio* —aseguró la maga Aviosky—. *No deje que los rumores o las burlas la convenzan de lo contrario, señorita Twill. Plegar requiere buen ojo y manos diestras: usted posee ambas cualidades. Los demás han aceptado este destino, del mismo modo que debe hacerlo usted.*

Aceptar este destino. ¿Era cierto? ¿O las palabras habían sido pensadas para persuadir dócilmente a Ceony de renunciar a sus sueños?

Los dos la observaban: la maga Aviosky, con su habitual semblante cual lienzo negro, y el mago Thane, con una chispa de humor en los ojos.

Ceony arrugó los labios. En cuanto a la magia, sabía que sería papel o nada; y prefería terminar siendo ple-gadora que nada.

Alzó una mano sudorosa y la presionó contra el fo-lio de papel . Cerró los ojos y con los dientes apretados, pronunció:

—Material creado por el ser humano, tu creadora te invoca. Únete a mí como yo me uno a ti a través de los años, hasta el día en que muera y me convierta en tierra.

Qué palabras tan sencillas, pero hicieron su trabajo.

La mano de Ceony se volvió cálida, el calor se exten-dió a través del brazo y de su cuerpo y luego se esfumó con la misma rapidez.

Estaba hecho.